

LA UNIDAD CATÓLICA,

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

ORGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

PELIGROS DE LA NOVEDAD.

Siempre que una nación entra en el período de su decadencia y se aproxima á la triste época de su hundimiento, déjase ver en ella un enjambre de falsos profetas, que contando con la credulidad del pueblo cuando se ve rodeado de infortunios, le anuncian salvacion si se somete al método ó sistema con que tratan de gobernarle. Esas halagüeñas promesas, hechas con tanto alarde y tan mal cumplidas despues, lejos de traer la felicidad, son casi siempre precursoras de grandes trastornos y la señal de un próximo desquiciamiento para la sociedad, cuya ruina está labrando esa especie de víboras que nutre en su seno. Desgraciado el pueblo, que adormecido en su sencillez, se deja engañar por sus pretendidos reformadores, con la esperanza de *dejar lo antiguo, ver rotas sus cadenas y llegar á su glorioso destino.* A la nación que se halla al borde del abismo cuando todos quieren ser sus salvadores, háy que decirle entonces: «no los creas, porque el amor á la *novedad* que predicán tus seductores arrastra á las sociedades á su perdicion.»

La Iglesia que desde luego apareció perfecta, mirando con horror la *novedad*, ha visto siempre en la antigüedad una especie de sello ó testimonio con que las verdades cristianas se distinguen de las demás. Así es, que cuando se ha presentado un hombre anunciando nuevas doctrinas, aunque á pri-

mera vista no parecieran opuestas á lo que se creyó siempre en todas partes y por todos, se han fijado sobre aquel las miradas, se han estudiado sus ideas, y comparándolas con las recibidas de antemano, han sido juzgadas con arreglo á su conformidad ó no conformidad con lo que los tiempos antiguos creyeron. Habiéndose proclamado en la Iglesia desde su origen las verdades que son necesarias al hombre para su salvacion, la *novedad* en la doctrina es siempre muy peligrosa, ora por oponerse las mas de las veces á los dogmas antiguos que son divinos, ora por suponer que hay en el individuo la facultad de establecer nuevas creencias y de cambiar el símbolo revelado. El sistema de los novadores en materia de religion, al paso que es por su parte una pretension de refinada soberbia, no deja de ser tambien una ofensa ó un insulto á Dios, que ha estado y estará con la Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Se equivocan pues los que creen que la sociedad cristiana es una de esas instituciones que se perfeccionan con el tiempo, y que recogiendo todo cuanto el ingenio del hombre puede darles, adelantan y progresan con los nuevos descubrimientos. La *novedad*, segun el Apóstol, es muy temible, porque los fieles dejándose arrastrar por ella pueden llegar á perder la fe.

No quiere decir esto que la Iglesia permanezca estacionaria, no: su progreso, el verdadero progreso consiste en el sucesivo desar-

rollo y aplicacion de las verdades que forman su símbolo; verdades eternas que no están sujetas al tiempo ni al hombre, y que son la mejor base para edificar sin peligro de que venga al suelo su grande obra. Sobre esas verdades puede construirse un edificio que llegue al cielo, de donde han bajado; pero contra ellas ó sin ellas no se andará mas que en oscuridad, haciéndose criminales los que lo intenten, y arrastrando á la perdicion á cuantos tengan la desgracia de escucharles.

Lo que sucede en la Iglesia, acontece con corta diferencia ó en otro orden en la sociedad; porque teniendo esta, además de sus verdades fundamentales, otras que lo son del mismo modo relativas al país á cuyo gobierno y conservacion son aplicables, no pueden ser atacadas por los novadores sin producir un general trastorno en los pueblos, que muy pronto se ven sumidos en una espantosa é inevitable ruina.

Desde que en el siglo XVI aparecieron los novadores religiosos negando el principio de autoridad relativamente al papa, ha debido considerarse muy en peligro la sociedad, que no puede vivir sin el mas profundo respeto á aquel principio. Los novadores en efecto, no teniendo ni queriendo mas reglas para sus sistemas que su propio juicio, descendieron bien pronto desde el terreno de la religion al de la política, y entronizaron la anarquía en el estado, como habian introducido el cisma en la Iglesia. Con la manía siempre de innovar y de remover de su natural asiento las piedras del edificio, no ha quedado ni una sola en su lugar, halagando á las gentes con la ilusion de que, dándole nueva forma, encontrarían la felicidad en vano buscada hasta entonces. Enemigos de los reyes, trataron de ponerlos en guerra con la Iglesia bajo las apariencias de hacer mas robusta su autoridad, cuando realmente la debilitaron con este divorcio y la comprometian exagerándola. Enemigos del papa, halagaron á los obispos pretendiendo hacerles creer que aspiraban al ensanche de la potestad episcopal, cuando no trataban mas que de destruirla. Enemigos del clero, engañaron á los pueblos presentando como

autores de su miseria y malestar á los que fueron y serán en todo tiempo sus verdaderos padres y naturales protectores. Enemigos de los poderosos, alentaban al pobre con la codicia de poseer algun dia las riquezas de sus señores; y enemigos por último de los pobres, sustituyeron á la fecunda caridad la estéril filantropía. De modo que, al verles atacar mas ó menos de frente á todas las clases y condiciones sociales, podria decirse que los novadores no han buscado mas que fundar para sí mismos un trono sobre las ruinas del género humano.

Son innumerables los falsos profetas que hoy dicen á nuestro siglo: «aquí está la dicha, la ilustracion, el bienestar: yo soy quien la traigo...» ¡Y qué vemos! Han dicho que iban á regenerar la sociedad, y la han disuelto; que iban á poner término á sus males, y los han aumentado espantosamente; que asegurarían la propiedad del rico contra las exigencias del poder, y la presentan como cebo á la codicia del pobre; que otorgarían á este derechos y proteccion, y le desuellan imponiéndole nuevos tributos que ya no se pueden pagar; que harían á todos felices, y todos estamos temiendo la próxima ruina de la nacion; que nos harían hermanos, y nos han hecho enemigos.

Atendida la constitucion de la sociedad, no puede tocarse una sola piedra sin que se resientan las demás. Hoy que la esperiencia nos ha enseñado, regenerar la humanidad en boca de los políticos seductores es sinónimo de perderla: y de seguro que si llegaran á dar el golpe, como se proponen, sobre la autoridad espiritual, deberian de sentirlo los poderes temporales, así como la descarga que hicieron sobre los ricos, deberian de llorarla tambien por mucho tiempo los pobres. Todas las naciones han pagado bien caro el amor á las novedades. Los trastornos y las revoluciones las han conmovido en sus cimientos, ha corrido á torrentes la sangre humana, ha desaparecido la prosperidad, se ha hecho general la miseria, y ha quedado en los pueblos una semilla que en nuestros dias está dando sus amargos frutos.

En toda nación hay dos clases de verdades fundamentales, unas que lo son en sentido absoluto como esta: *todos debemos obedecer á los superiores*; y otras que lo son en sentido relativo, como decir que *en España el mejor gobierno es la monarquía*. Así pues, el mayor de los males que puede sobrevenir á un pueblo son las nuevas doctrinas, que no estén conformes en sí mismas ó en sus consecuencias con las verdades fundamentales ora absolutas ora relativas. A la manera que con el cebo se atrae á la red á los peces, así con palabras nuevas y con nuevas doctrinas se fascina á los pueblos para que sirvan de instrumento á los *novadores*, que sin mérito alguno quieren apoderarse de los primeros puestos del estado y sacrificar á su ambición y á sus pasiones todos los intereses de una nación. Hay que huir de tales doctrinas y mantenerse firmes dentro de los antiguos principios tutelares de la sociedad, bajo los cuales fueron felices nuestros padres; porque el día en que aquellas hallen eco y lleguen á plantearse en nuestro país, quedarán frustradas las esperanzas de los que viven aun fascinados, y sepultadas las venideras generaciones en el hundimiento comun de la patria.

Ciudadela—SEBASTIAN VIVES, PRO.

GLORIAS HISPANO-CATÓLICAS.

LA RESTAURACION ARAGONESA

EN S. JUAN DE LA PEÑA.

II.

A últimos de 1094 el rey Pedro I abandonaba el campamento plantado en frente de Huesca, dando treguas á la conquista de la ciudad y al cumplimiento del voto hecho en manos de su moribundo padre; y se encaminaba á S. Juan de la Peña para asistir á la consagración de la nueva iglesia, que el mismo rey Sancho, durante sus largas y frecuentes permanencias en aquel retiro, con singular afición y celo había dejado casi concluida. Verificóse la solemnidad á 4 de diciembre por el legado apostólico Amato arzobispo de Burdeos, asistido de los obis-

pos Pedro de Jaca y Godofredo de Magalona y de los abades de S. Ponce de Tomeras, de S. Salvador de Leyre y del propio monasterio, en presencia del rey y de la condesa D.^a Sancha su tia retirada en los vecinos claustros de Santa Cruz. Desde aquel día el templo ha sido en gran parte renovado; pero todavía introducen al presbiterio tres arcos bizantinos sostenidos por columnas de labrados capiteles, y la roca en toda su rudeza sirve de bóveda á la testera de la iglesia hasta la mitad de su única nave. Estiéndese debajo de esta otra iglesia subterránea, dividida en dos naves por bajos arcos y gruesas pilastras, y enlosada con sepulcros de abades; y á ella, dice Briz Martinez, introducía un grande atrio bajo cubierto de tumbas, cuyos epitafios, indudablemente los mas antiguos, habia ya borrado el tiempo y la humedad. Hay quien hace remontar la construcción mencionada á los tiempos de los primeros ermitaños, aunque es mas natural tomarla por el santuario consagrado un siglo despues por el obispo Iñigo ácia los años de 842.

Desde la iglesia principal una puerta del lado del evangelio introduce á la antigua sacristía, hoy regio panteon, que por espacio de cinco siglos recibió en su seno los cadáveres de los primeros soberanos, mas veces procedentes de la tienda de campaña que del mullido lecho, mas cansados de combatir que enervados por los goces de palacio. Ni lo sombrío de la estancia, ni lo tosco de las urnas, ni lo gastado de los letreros desdecirían de los recuerdos que perpetuan; pero estínguese el entusiasmo, la fantasía se retira helada á vista de una de las mas completas reformas arquitectónicas del buen Carlos III, y deja que los sentidos exclusivamente gocen en los adornos dorados del techo y en los jaspes del zócalo, pilastras y cornisa. En vano el eminente escultor zaragozano Carlos Salas animó el blanco mármol en las dos bellas estatuas de la Virgen y del evangelista que acompañan el crucifijo del altar de enfrente; en vano otro artista llamado Ipas esculpió en cuatro grandes medallones de estuco las batallas de Garci Jimenez, Iñigo Arista y Sancho Ramirez y la jura de los reyes de Aragon; estos accesorios, dignos de elogio en cualquier otro sitio, no alcanzan á neutralizar el mal efecto de aquellos veinte y siete sepulcros compartidos en tres filas, y ocultos por otras tantas láminas de bronce encajadas en estantes de piedra, entre las cuales se repartieron los nombres de los que segun tradicion yacen allí sepultados.

Pero si cerramos los ojos á los objetos exteriores, púeblyase la estancia de monarcas venerables enca-

decidos en las batallas, de príncipes cuyos laureles segó el acero prematuramente, de reinas varoniles nacidas en las montañas ó venidas de la otra parte de los Pirineos, que acompañaban á sus maridos en los consejos y en las romerías, en el tálamo y en el sepulcro. Allí Garci Jimenez, Iñigo Arista y Ramiro I, sin disputarse el título de fundadores de la monarquía, confunden en una comun herencia las glorias del período que cada cual inaugura, y en una sola auréola el brillo de las tres coronas de Sobrarve, Pamplona y Aragon; allí los primitivos reyes, para quienes una aldea pasaba por corte y una sorpresa por triunfo, oyen á sus biznietos con asombro y sin envidia la relacion de campales batallas, de asaltos de ciudades, de morunos espléndidos palacios. Sancho Garcés I y García Iñiguez II muestran la gloriosa herida que puso término á sus floridos años; y apoyada en el hombro de este último su esposa Urraca, víctima de igual suerte, contempla con delicia al hijo que llevaba en sus entrañas al sucumbir, y cuya muerte deploraba en los últimos instantes mas que la suya propia, restituido milagrosamente á la vida, mas tarde á la nacion, y por último á la inmortalidad con el nombre de Sancho Abarca. Mas acá descuellan Ramiro y Sancho Ramirez, para quienes el ciprés se entregó con el lauro en los sitios de Grados y Huesca, el padre traspasado el pecho con una lanza, el hijo clavada debajo del brazo la saeta: aquel recibe las bendiciones de su madrastra cuyo honor defendió contra sus hijos; este se complace en mirar aun la peña bajo la cual tantas cuasmas pasó de penitencia y reliro, descansando de unos combates y preparándose á otros nuevos, y dentro de la cual mandó á sus descendientes y rogó á sus caballeros que se enteraran sucesivamente como lo habian hecho sus antecesores. Pero ah! que solo un hijo vé al lado suyo, cercado de gloria aunque cubierto de tristeza el juvenil semblante; Pedro, el conquistador de Huesca y Barbastro, sobre la tumba de sus dos tiernos hijos llora hundida su esperanza, y dá gracias al cielo por haber abreviado el plazo de su dolor, arrebatándole tras ellos á los pocos dias. Sus dos hermanos, Alfonso el *batallador* y Ramiro el *monje*, sucesivamente coronados y últimos retoños de su estirpe, yacen en Huesca; y la dinastía catalana, mirando ya á S. Juan de la Peña como simple monumento histórico, prefirió dormir al arrullo de las brisas meridionales que al del cierzo de las montañas.

A mas del atrio y del panteon hay una tercera pieza destinada igualmente á mansion de los muertos, y superior ciertamente á las otras en belleza y

magestad; tal es el claustro. Sálese á él desde la iglesia por una antigua puerta sobre cuyo exterior se lee un dístico leonino, á ejemplo de otros que hemos ya mencionado:

Porta per hanc caeli fit pervia cuique fidei,
Si studeat fidei jungere iussa Dei.

La primera mirada y el primer asombro es para la rojiza y negruzca peña, que arrancando de una de las alas del claustro, corta atrevida los aires en su gradual elevacion hasta lanzarse mas allá de la ala opuesta, y cobija el recinto entero bajo su macizo toldo. Desde el corredor descubierto los ojos del cenobita no podian elevarse al cielo sin tropezar con la imponente mole, que semejante á Dios, segun la disposicion de ánimo y las ideas de cada cual, tan pronto parece proteger amorosa, como amenazar irritada al monasterio enclavado en su seno. Ante aquel gran capricho de la naturaleza se eclipsan y empequeñecen las obras del hombre, siquiera sean severas de carácter y remotísimas de fecha: y solo despues de contemplada la singular techumbre, se detienen los ojos en los arcos bizantinos que cierran la cuadrada luna cubierta ya de malezas; y observan la variedad con que el artífice ora los apoyó en una sola columna sobre sencillo basamento, ora agrupó dos, tres y cuatro para sostenerlos. Las fajas labradas á modo de tablero que orlan los arcos, los gruesos capiteles curiosamente esculpidos con relieves del antiguo y nuevo testamento ó con pájaros entrelazados por cordones y follages, revelando tanta antigüedad como magnificencia, parecen indicar por su fundador al buen rey Sancho Ramirez, y hacer el claustro coeláneo de la iglesia: pero en dos alas que no conservan mas que uno ú otro capitel engastado, el mezquino ladrillo ha reemplazado á la sólida piedra consumida acaso por los incendios. Llega por fin su turno al anticuario; y á derecha é izquierda de la puerta de la iglesia, á lo largo del muro, en las piedras de los arcos, apacienta su curiosidad en una copiosa serie de lápidas, la mayor parte de sacerdotes y dignidades del propio monasterio, presididos como por su decano por un obispo de Aragon del siglo X; nombres mas modestos acá en la tierra que los de príncipes y ricos hombres, pero ceñidos tal vez muchos por una inmarcesible auréola de virtudes (1).

(1) En cuanto á las inscripciones, notas y documentos que ilustran estos artículos, y que pudieran parecer prolijas en este lugar, remitimos á nuestros lectores á la obra de que proceden, RECUERDOS Y BELLEZAS DE ARAGON, part. I. cap. VII.

Frente á la entrada aparece una capilla de principios del siglo XVII dedicada á S. Voto, cuya portada poco acorde con el conjunto arquitectónico del claustro obliga á desviar la atención á otra, que en el ángulo izquierdo, en la raíz misma del peñasco y al lado de su rústica aspereza, ostenta los góticos primores del siglo XV. Un frontón erizado de hermosas grecas, elegantes follages que revisten sus líneas, afiligranadas pirámides, colgadizos en el arco, tales son las bellezas que constituyen la capilla de S. Victorian una de las obras de crestería más puras y acabadas de todo el recinto de Aragón. A un lado de su interior, un espacioso nicho de labores no menos esquisitas aguarda aun el sepulcro que debió cobijar, reservado sin duda á elevado personaje; y repartidos por el muro se leen antiquísimos epitafios de abades que descansan bajo aquel pavimento, y cuya última morada embelleció de tal forma su sucesor el abad Juan Marqués, dejando consignada su memoria en una larga inscripción.

Pero es fuerza confesar que en las montañas de S. Juan de la Peña hay algo que atenúa las impresiones del arte, y que se eleva sobre sus grandiosos recuerdos. La más imponente bóveda bizantina se desvirtuaría junto á la gigantesca curva de las rocas suspendidas; la más esvelta columnata gótica cedería la preza á los vastos bosques de pinos y abetos, que ora enderezan su copa cual altos botariles, ora la inclinan unos sobre otros formando airoso arco: la fantasía misma, encadenada con dificultad á las lápidas para adivinar una gastada letra, vuela á menudo indócil por el libre horizonte; y los héroes de lo pasado no desfilan ante ella sino cual vaporosas y colosales sombras dignas de la decoración, que se desvanecen al aplicarles el escalpelo del crítico ó el lente del erudito. El goce sofoca allí el estudio, las impresiones borran casi las memorias; y de los elementos de vigor, independencia y elevación que caracterizan aquella naturaleza, se forma cada cual una epopeya magnífica é indefinible, comprendiendo, sin necesidad de la historia, que aquel es el sitio destinado á inspirar grandes empresas ó grandes contemplaciones, el escalon para lanzarse sobre la tierra como conquistador, ó elevarse á Dios cual anacoreta.

Dispersas en torno del monasterio, cual huellas de la vida cenobítica, asoman pobres ermitas en variada aunque siempre pintoresca situación. Desde su tajada cima la de S. José domina los dos monasterios de S. Juan y de Santa Cruz cada cual en su valle, enlazados un tiempo entre sí por vínculos

religiosos: la de S. Voto á orilla de la pendiente roca consagra el sitio donde un poder milagroso enfrenó su desbocado bruto; la de S. Inigo, dentro de una cueva y en el corazón del bosque, recuerda el retraimiento y los éstasis y penitencias más ocultas del virtuoso monge nombrado más tarde abad de Oña; y el nombre de Paco-Pardina evoca la idea del pequeño monasterio de S. Martín allí existente en el siglo XI para monumento de la reparación de una injusticia. Habitábalo un anciano ciego llamado Guliscot, capellan que había sido del rey Sancho el mayor, víctima de perversos calumniadores y de la credulidad del monarca: aquella vivienda fué una tardía indemnización de los ojos que le sacaron, y á su muerte se agregó al de S. Juan cuyo hábito revistió últimamente.

Delicioso es, dejando vagar la planta á merced de la imaginación, trepar los aéreos picos, perderse en la espesura cerrada á los rayos y casi á la luz del sol, recorrer los estrechos senderos al borde de los precipicios, ver el piélago imitado por las nieblas en el fondo de los valles, y confundir el silvido del viento en el pinar con el bramido de las olas. Delicioso es estudiar á cada estación del año y á cada hora del día los arcanos y transformaciones de aquel fantástico país, alternativamente hórrido y risueño. Delicioso es seguir la circunferencia de la ancha cumbre, y desenvolver el panorama de su dilatadísimo horizonte, símbolo de su propia historia; contemplar al oriente sobre la ciudad de Jaca la rival peña de Uruel cuna de la monarquía, al norte los helados Pirineos que la apoyaron y protegieron su desarrollo, al ocaso los frondosos valles de Navarra que le dieron crecimiento y gloria, y al sur el reino aragonés hasta las fértiles llanuras de Zaragoza, que los libertadores devoraban desde allí con los ojos antes de reconquistarlas con las armas, presintiendo las pompas de la corte imperial en la rústica corte del desierto.

J. M. O.



VIDA ÍNTIMA DE PIO IX (*).

No creemos ser indiscretos, y estamos seguros de promover la edificación en nuestros lectores trasmitiéndoles los detalles que hemos recogido de la boca de las personas mejor informadas sobre la vida íntima del vicario de Jesucristo. Es verdad que la santa escritura nos dice: «que es bueno ocultar el secreto del rey;» con todo, para nosotros Pio IX no es solamente rey, es mas especialmente un padre tierno; y hay casi un derecho ó cuando menos es un privilegio de los hijos, no solo conocer exteriormente á su padre como los extraños, sino penetrar tambien en sus intimidades.

Confesamos que estos detalles sobre el interior del mas augusto monarca de la tierra, nos han hecho comprender el sentido del titulo que toma en todos los actos de su suprema autoridad: *Servus servorum Dei*; siervo de los siervos de Dios. Todos los papas se han gloriado de esta denominacion; son empero pocos los que la han merecido con tanta razon como Pio IX. No puede concebirse nada mas esclavizado, mas monótono, mas laborioso, que la vida del soberano que manda á 200 millones de hombres.

A las sujeciones que el uso imponia á sus predecesores, Pio IX ha añadido otras muchas y muy pesadas. Sublimado al trono pontificio en la época en que se acababa la red de los ferro-carriles de Europa y cuando la navegacion por medio del vapor multiplicaba en el Mediterráneo sus medios de transporte, el santo padre ha correspondido á la afluencia diez veces mayor de extranjeros deseosos de verle, decuplicando el tiempo dedicado anteriormente á dar audiencias. Entre estos visitantes se hallan tantos turistas conducidos al Vaticano por el atractivo de la curiosidad, como peregrinos encaminados á Roma por la viveza de su fe; muchos de ellos son herejes ó incrédulos, mas no importa: Pio IX, á ejemplo de san Pablo, se mira como deudor á todos; no duda en sacrificarles lo mas precioso que tiene, el tiempo, y emplea cada dia en su obsequio la mejor parte de los momentos que la solicitud de todas las iglesias deja á su disposicion.

Se puede por lo mismo decir sin exagerar que hay pocos hombres en el mundo que se pertenezcan menos á sí mismos que Pio IX. Siendo así, que mientras respecto de la autoridad de que le ha investido Jesucristo manda á la Iglesia y al universo, atendida la dependencia que le ha inspirado su abnegacion pertenece no solo á la Iglesia, sino á todo el mundo.

El detalle de su vida nos hará comprenderlo mejor.

El papa apenas duerme seis horas, y desde las seis y media de la mañana, despues de practicar sus primeros ejercicios piadosos, se le ve ya en la capilla inmediata á su cámara de descanso. Allí asiste á la primera misa celebrada por uno de sus capellanes, y en seguida él mismo celebra tambien el santo sacrificio. Despues de haberse incorporado así con Dios cuyo representante es en la tierra, y de haberse ofrecido con Él en sacrificio por la Iglesia, permanece por espacio de media hora entera, dando gracias y encomen-

dándose á Dios, y durante este tiempo se celebra otra tercera misa en su presencia.

El papa vuelve en seguida á su habitacion, reza las horas menores, y toma únicamente para desayunarse una taza de café negro. Ordinariamente no toma otro alimento hasta la comida, que se verifica á las dos y media.

Cuando mas suele tomar una taza pequeña de caldo en el trascurso de la mañana, si siente que no tiene bastantes fuerzas para soportar el trabajo. Despues del desayuno recibe á los miembros de su familia, cuando se halla alguno en Roma, lo que ocurre raras veces; porque ningun papa ha tenido mas delicadeza que Pio IX para alejar de sí hasta la sombra del nepotismo. Los momentos siguientes al desayuno son los que emplea el santo padre para arreglar los detalles de su vida privada, y en que da órdenes al teniente de sus guardias para la salida de la tarde y el servicio de todo el dia. Entonces tambien, por primera vez, se le presentan todos los despachos que han venido por el correo y van dirigidos á su persona.

El cardenal secretario de estado baja á las ocho y media, y está con su santidad todo el tiempo que exigen los negocios corrientes. Despues de salir el secretario, el santo padre recibe tambien á veces á ciertas personas que por diversas causas han conseguido ser introducidas por la via reservada; y con frecuencia no tiene un solo instante de que pueda disponer hasta las diez y media, en que comienzan las audiencias públicas.

Entonces se abren las puertas de los grandes salones para recibir á los cardenales prefectos de las congregaciones, á los ministros y otros dignatarios que tienen audiencias ordinarias; muy pronto despues principian las audiencias privadas en favor de las personas que han conseguido este honor por mediacion del *máestro di cámara*. A escepcion de circunstancias solemnes en las que se presenta en la sala del trono, Pio IX da estas audiencias en la cámara de descanso y en su gabinete. El papa está sentado en su mesa; y el visitante, que es introducido por uno de los camareros de servicio, despues de haber hecho una genuflexion á la entrada de la estancia, besa los piés del papa y sigue de rodillas hasta que recibe orden de levantarse. Para los que saben reconocer en el soberano pontífice la viva representacion del Hijo de Dios, estas señales de respeto no se consideran menos legitimas ni menos gustosas que aquellas con que se honra el madero inanimado que representa á Jesucristo en la cruz. Aquellos á quienes la incredulidad ó el respeto humano hagan esta regla demasiado onerosa, están perfectamente libres de solicitar ninguna audiencia.

Con todo, en algunas ocasiones se ha visto á Pio IX condescender con la repugnancia tan poco racional de tales visitantes, y dispensarles de las señales respetuosas en las cuales tantos reyes no han visto nada que no fuese honorífico para su corona; y esto precisamente hizo el padre santo en el tiempo de la ocupacion francesa, en favor de un oficial superior de aquel ejército, el cual sentia mucho dejar á Roma sin haber tenido alguna audiencia del papa, pero á quien repugnaba todavia mas el besar los piés á su santidad. Informado Pio IX de sus disposiciones, le hizo saber que le dispensaba gustoso de la parte del ceremonial que le repugnaba. Fué pues introducido el oficial á presencia del pontífice, y Pio IX le dió á besar su mano, hablándole con aquel encanto en que sus mismos enemigos reconocen una

(*) Varios periódicos han copiado este interesante artículo, sin espresar su procedencia; y su interés aumenta ahora, en que graves acontecimientos amenazan perturbar la regularidad y sosiego de tan benéfica y provechosa vida.

especie de fascinación. Efectivamente, es como un reflejo de aquella fascinación divina por la que sus enemigos trataban á Jesucristo de seductor.

Al fin de la conversacion el papa pidió al oficial que le hiciera un favor. «Quisiera, le dijo, poder enviar á Francia un recuerdo á una señora, mostrándole un hermosísimo camafeo: ¿querrá Vd. entregárselo de mi parte?—Me tendré por muy honrado, santo padre, de encargarme de una comision tan agradable, y si vuestra santidad tiéne á bien designarme la persona á quien está destinado ese hermoso recuerdo, puede contar que le será puntualmente entregado.

—«Pues esa persona, repitió Pio IX, es vuestra madre: ¿No es muy natural que á vuestro regreso de Roma le lleveis una memoria del papa?» No es fácil comprender la emocion que experimentó entonces el valiente oficial; sus ojos se llenaron de lágrimas, y en aquellos momentos es bien seguro que le hubiera costado muy poco besar los piés de quien le manifestaba tanta bondad. Pero todas las audiencias no proporcionan al corazon del santo padre ocasion de transparentarse de un modo tan patético, y es imposible que despues de haber visto á los visitantes sucederse unos á otros por espacio de cuatro horas, el augustó anciano no experimente una fatiga grande.

Entonces es cuando vá á tomar aquel género de descanso que conviene al vicario de Jesucristo. Sube á una capilla dispuesta esclusivamente para su uso encima de su gabinete; y allí, despues de haber dado audiencia á los hombres, pide á su vez una audiencia íntima al corazon de Jesus. Vuelve á bajar muy en breve, y se entretiene algunos instantes con sus camareros; y á las dos y media se pone á la mesa.

Con poquissimas escepciones, el papa come siempre solo, y aun cuando en Castel-Gandolfo convida a comer á diversas personas, él no come con sus huéspedes: despues de haberles acompañado hasta el momento de sentarse á la mesa, á él se le sirve á parte, y deja á su mayordomo el cuidado de presidir la mesa comun.

La comida de Pio IX, que hablando con propiedad es su único alimento, se compone invariablemente de una sopa, de un plato de legumbres, de un plato de asado acompañado de arroz, y de un postre. Los dias de abstinencia se sustituyen dos platos de vigilia á los dos platos de carne.

Los dias de fiesta en nada se diferencian de los otros dias. Quien sirve en la mesa al santo padre es el primer ayuda de cámara, recibiendo los platos llevados por los que están de servicio hasta la puerta del comedor, y todo el sobrante de la comida es para él y su familia.

Despues de la comida, el padre santo descansa algunos instantes; pero en lugar de echarse segun el uso italiano, toma este descanso sentado en una silla. Luego reza visperas y completas, y si el tiempo lo permite, sale á dar un paseo en coche.

Entonces se presenta la ocasion mas propicia para ver de cerca al augustó pontífice. Basta para esto hallarse al pié de la escalera del Vaticano en el momento en que baja á pié para subir al coche. Los suizos hacen colocarse en dos filas á las personas que se hallan en la galería, y bien pronto se ve bajar á Pio IX precedido de sus ayudas de cámara, teniendo uno de ellos en sus manos una grande bolsa de seda encarnada para dar limosna.

El padre santo ordinariamente gasta sotana blanca con manto y sombrero encarnados. Va acompañado de cuatro

camareros de *mantelleta*, y atraviesa, dando su bendicion, el estrecho espacio que las dos filas de suizos y de fieles forman por ambos lados. Dos de sus camareros montan en el mismo coche que él, y los otros dos ocupan otro segundo coche, tirado como el primero por seis caballos. Siempre acompaña á su santidad una escolta de dragones, y uno de ellos, que se titula *baltistrada*, les precede á galope para detener los carruajes, de modo que la augusta comitiva no encuentre tropiezo alguno. Tan pronto como se ve esta señal indicadora de la aproximacion de su santidad, se apresura la gente á ponerse á los dos lados de la calle, y se prepara á recibir de rodillas su bendicion. Así el padre santo está constantemente ocupado en dar bendiciones, y podrian resumirse todos sus paseos en dos palabras, semejantes á las en que san Pedro reasumia toda la vida del Salvador: pasa bendiciendo: *Pertransit benedicendo*.

Pero si caminase siempre con la velocidad de un vigoroso tiro, sus vasallos, digámoslo mejor, sus hijos, no tendrían espacio suficiente para contemplarle; y por eso Pio IX desea que su paseo cotidiano sea una especie de audiencia general, concedida á todos aquellos á quienes no puede dar audiencia particular. De aquí es que muchas veces elige por término de su paseo algun sitio de los mas concurridos de Roma.

Ayer fué al monasterio de San Gregorio en el monte Celio, donde la fiesta de San Romualdo atraia numerosos visitantes. Otros dias es la esplanada magnífica de Pincio. Llegado al término que se ha propuesto, las mas de las veces se baja del coche, se pasea por medio de la muchedumbre que se agrupa alrededor; dirige palabras cariñosas á las personas que conoce, y su prodigiosa memoria le permite reconocer á casi todos aquellos con quienes ha tenido algunas relaciones. A veces se le vé pasearse para consolar á los pobres mendigos que le piden limosna, humillándose como el Verbo encarnado, hasta nivelarse con los niños mas pequeños, y haciéndose como El mas grande aun si fuera posible en su abatimiento, que en la pompa de su magestad real.

El paseo del padre santo siempre termina antes del toque del *Ave Maria*, que en Roma se dá, segun la estacion, entre las cinco y las ocho de la tarde.

La primera ocupacion del papa, despues de volver á su palacio, es el rezo de mailines y laudes del dia siguiente. Lo reza, lo mismo que las demás horas, con uno de sus capellanes, y da con su ejemplo una hermosa leccion á todos los sacerdotes que, asediados por ocupaciones menos graves que las suyas, podrian tener la tentacion de abreviar con su precipitacion el tiempo empleado en el cumplimiento de este gran deber.

A esta conversacion con Dios suceden las audiencias especialmente destinadas á los negocios. Estas audiencias se prolongan bastante en la noche, y muchas veces son ya las diez ó diez y media y aun las once antes que el padre santo pueda tratar de tomar algun descanso. Acabadas las audiencias, conversa algunos instantes con sus prelados domésticos, toma un frugalísimo alimento y se retira á su gabinete.

Durante la noche el padre santo está solo en sus habitaciones, cuyas puertas cierra el mismo. Sin embargo su primer ayuda de cámara se acuesta encima de su dormitorio para que pueda prestarle sus servicios si los necesitara.

Añadamos tambien algunos detalles que nos den alguna

idea de la vida y de los trabajos del siervo de los siervos de Dios.

Pio IX, según hemos ya dicho, recibe él mismo su correo: tres veces cada día se le lleva una cartera grande, de que él mismo tiene una llave y otra el director del correo. Todas las cartas que se le dirigen de todo el mundo, las abre él mismo. No es raro recibir algunas en las que no hay más que injurias, y sin inmutarse las echa en una bandeja; todas las que contienen algo interesante, se clasifican inmediatamente, y muchas veces por su misma mano para remitirlas á los encargados de los negocios á que se refieren. Gracias á tan preciosa costumbre, pero muy rara entre los hombres encargados del gobierno, el padre santo nunca deja estancarse los asuntos que se le encomiendan, y por la noche ya no queda papel alguno sobre su mesa.

Los antecesores de Pio IX daban audiencia cada semana á los diferentes ministros y prefectos de diversas congregaciones. A estas audiencias, que también Pio IX ha conservado, ha añadido otras tantas, concedidas á los secretarios de las congregaciones y de los ministerios. Por este medio se ha procurado una doble garantía de la exactitud de todas las noticias que se le comunican.

Nunca se trata de negocio alguno importante, en su gobierno doble, espiritual y temporal, acerca del cual no se hayan recibido informes por diferentes conductos. Es bien fácil de comprender, cuánto ha debido agravarse el peso por sí tan grande del pontificado con la multiplicación de estas audiencias semanales.

Sin embargo, no son tan solo estas audiencias las que ha multiplicado Pio IX, y á las que consagra con regularidad una buena parte del día. Hay, además de los ministerios y de las congregaciones, otras muchas cargas que en el actual pontificado se han hecho incomparablemente más pesadas que lo eran antes, tanto para los prelados á quienes estaban encargadas como para el mismo sumo pontífice. Podemos citar por ejemplo el cargo de secretario de cartas latinas, que al presente está encomendado á uno de los prelados más distinguidos y de los más benévolos de la corte romana, el Sr. Mercurelli. El mismo nos ha recordado que en otros tiempos una carta del papa era cosa bastante rara.

En el día, como se han hecho tan fáciles las comunicaciones, y se han aumentado tanto por todos lados con Roma las relaciones de todo el mundo católico, se escribe con frecuencia al papa, y de todas partes se quieren recibir respuestas de su santidad. Y no son solos quienes desean esto los cristianos generosos que le envían sus limosnas, sino también los escritores que le ofrecen el homenaje de sus obras, los artistas que le dedican sus trabajos, las comunidades que le manifiestan su profunda adhesión, etc.

El corazón paternal de Pio IX acoge con inalterable benevolencia estas manifestaciones, algún tanto importunas, del amor de sus hijos; y ha señalado al secretario de cartas latinas dos audiencias por semana, el miércoles y el sábado, para recibir la expresión de estos votos, é indicarle el sentido en que ha de responderseles. Hablando con propiedad, Pio IX no tiene vacaciones. Muchas veces permanece en Roma en la estación en la que todos los que pueden huyen de la ciudad á refugiarse en la campiña; y aun cuando va á pasar algunos días á Castel-Gandolfo ó á Porto d'Anzio, no puede darse el nombre de vacaciones á esta vida campestre. Con efecto, aun en tales circunstancias, el padre santo no

concede menos audiencias que en Roma; y como las necesidades de la Iglesia jamás se interrumpen, tampoco se suspende nunca la caridad de aquel que Jesucristo ha puesto en su lugar sobre la tierra para socorrerlas. Lo que de sí mismo decía San Pablo, puede también decirlo Pio IX, y con tanta más razón, cuanto que la Iglesia, estando más extendida que en tiempo de los apóstoles, llena hoy todo el mundo. «Cargan sobre mí las ocurrencias de cada día por la solicitud y cuidado de todas las iglesias: y en esta inmensa extensión no hay una enfermedad de que yo no participe, ni un escándalo ó pecado que no me alcance. No dudamos por lo mismo decir de Pio IX lo que San Juan Crisóstomo decía de San Pablo: «El corazón de Pio IX es el corazón de Jesucristo.»

CRÓNICA.

LXXXIX CONGREGACION GENERAL.

El jueves 1.º de setiembre se reunieron en congregación los padres del concilio residentes en Roma bajo la presidencia del cardenal de Angelis.

La sesión empezó á las nueve, diciendo la misa el obispo de Brisbane (Australia).

Después de las oraciones acostumbradas, el cardenal de Angelis dijo que el fin de la congregación era deliberar sobre las enmiendas propuestas al *schema* de *sede episcopali vacante*, y concedió la palabra al obispo de Forlì relator de la comisión de disciplina eclesiástica.

El dictamen sobre las enmiendas propuestas y las modificaciones adoptadas por la comisión duró tres cuartos de hora. En seguida se votaron las enmiendas y modificaciones, siendo adoptadas casi por unanimidad las propuestas por la comisión.

Según es costumbre, el *schema* se entregó á la comisión para que le redacte definitivamente y se ponga á votación solemne.

Levantóse la sesión cerca de las once, habiendo asistido á ella ciento cuatro prelados.

Dice *El Diario de Roma* del 31 de agosto:

«Mons. el arzobispo de Lyon, mons. el arzobispo latino de Leópolis (Lemberg Galitzia) y mons. el obispo de Autun, han hecho llegar á manos de su santidad en términos claros y explícitos el acta de su plena obediencia de espíritu y de corazón á la definición del concilio ecuménico Vaticano.»

El señor arzobispo de Leópolis ha protestado enérgicamente contra la impudente calumnia esparcida por ciertos periódicos, que tuvieron la indignidad de atribuirle opiniones contrarias al dogma de la infalibilidad. Lejos de combatirlo, anuncia á los fieles que lo ha defendido contra las injurias y los sofismas de los incrédulos.»

En su número del 7 de setiembre dice el mismo *Diario*:

«Los obispos alemanes reunidos en Fulda para concertarse sobre los asuntos religiosos de sus diócesis, han redactado de común acuerdo una carta pastoral dirigida á los fieles, declarando su propia sumisión á las decisiones del concilio y recordando á sus diocesanos que su deber es someterse á estas mismas decisiones.»

Una carta de Roma del 7 dice que á aquella fecha reinaba todavía completa tranquilidad en todo el estado pontificio. Pio IX pasó á pie por las calles de la ciudad, tranquila y sonriente como de costumbre.